

EL *ION* Y LA ANTIGUA QUERRELLA ENTRE LA POESÍA Y LA FILOSOFÍA

AGUIRRE, JAVIER, *Platón y la poesía. "Ion"*, introducción, traducción y comentarios de J. Aguirre, Madrid, Plaza y Valdés Editores, 2013, 206 pp.

La presente reseña tiene como objetivo dar noticia sobre la reciente aparición de una nueva traducción comentada del *Ion* platónico. Frente a algunas de sus hermanas más ilustres, esta obra tal vez haya quedado un tanto ensombrecida, pese a ser uno de los documentos más relevantes con los que contamos para atender la *antigua querrela* entre la poesía y la filosofía. Así, es de agradecer que la colección *Clásicos europeos* de *Plaza y Valdés Editores* haya apostado por rescatarla del olvido, ofreciendo un volumen que consta de una amplia introducción, una traducción castellana, de un comentario minucioso al texto griego y una bibliografía actualizada.

Una de las mayores virtudes del libro radica en su esclarecedora introducción, que, en aproximadamente un centenar de páginas, aborda cuatro problemas fundamentales vinculados con el diálogo: 1) Platón y el conflicto con la poesía; 2) las cuestiones de la datación, argumento y personajes del *Ion*; 3) el debate sobre la autenticidad y la valoración del diálogo; 4) el análisis del arte (*téchne*) y la inspiración (*enthousiasmós*), dos de los conceptos centrales sobre los que pivota la obra.

El primero de los apartados señalados resulta especialmente relevante, ya que analiza de manera sucinta, pero con una gran amplitud de miras, el papel de la filosofía del Académico en relación al resto de discursos

educativos de la ciudad, entre los que se incluye la poesía. En efecto, la filosofía de Platón se construye en ardua pugna contra la retórica tradicional, representada, entre otros, por personajes como Gorgias o Isócrates, y también contra la poesía, que tenía algunos de sus estandartes más ínclitos en los épicos Homero y Hesiodo, o en los dramaturgos Eurípides, Agatón o Aristófanes. Pues bien, Platón en ningún momento niega que las palabras de aquéllos estén dotadas de belleza o de poder persuasivo; al contrario, Platón reconoce el poder estético de los rivales con los que pugna, reprochándoles no su belleza formal, sino el hecho de ser nocivos para el buen orden de la comunidad política. Más todavía, en tanto que constituyen discursos capaces de causar el mal en la ciudad, su belleza es motivo de mayor censura, ya que presentan un gran daño bajo una hermosa envoltura. El profesor Aguirre muestra con claridad esta cuestión mediante numerosos ejemplos extraídos de diversos diálogos platónicos.

La filosofía del Académico se alza contrapuesta a los maestros por antonomasia de la cultura griega antigua, pero también a la de los nuevos educadores. Y no obstante, en su pretensión de elaborar un discurso políticamente útil para la construcción de la mejor ciudad posible, Platón no rechazó hacer uso de los recursos artísticos del lenguaje para seducir a sus lectores. Expresado diversamente, podríamos decir que la retórica, es decir, el arte de persuadir mediante las palabras, no es criticada en sí misma –al fin y al cabo el filósofo requiere de ella para persuadir mediante el discurso a los filósofos en potencia–, sino que se rechaza el empleo que los po-

etas y los teóricos de la oratoria hacen de ella, por desvincularla del conocimiento de la verdad y de aquello que es útil para el recto orden de la *pólis*. Así, el autor sostiene que el fundador de la Academia elabora un nuevo tipo de poesía –y de retórica–, la cual se subordina a la filosofía. El *Ion* debe entenderse en todo momento en este contexto, en tanto que intento de desautorización del mensaje de los aedos y rapsodas, a saber, de dos de los portavoces de la educación tradicional.

A partir del segundo apartado, en el que se comentan las cuestiones de la datación, el argumento y los personajes del diálogo, los apuntes del análisis general previo sirven para definir la naturaleza específica del *Ion*. En un sucinto resumen, se refiere a los problemas principales del texto y señala como la cuestión central del diálogo es la de esclarecer el nexo entre la poesía y el conocimiento. Más todavía, interrogándose por los fundamentos que legitiman el mensaje del poeta, el diálogo reflexiona sobre el poder y los límites del discurso en general. Precisamente, el oficio de rapsoda se define en relación a su capacidad de incidir mediante su canto en el orden de la ciudad, ya sea en el ámbito pedagógico o político. Sócrates, portavoz de un nuevo tipo de educación, emplea el discurso para conducir a la aporía a su interlocutor y erigirse como portador del nuevo discurso autorizado. En suma, el filósofo trata de mostrar que no hay un campo específico sobre el que el poeta posea un conocimiento exhaustivo.

En el tercer apartado, el autor centra su atención en los diferentes enfoques desde los que ha sido juzgado el diálogo a lo largo de la historia, mostrando que su valoración ha sido altamente problemática. Entre otras cuestiones, trata los asuntos de la datación y

autenticidad del diálogo, haciendo además un valioso examen de la crítica negativa de la que muy a menudo ha sido objeto esta obra, a causa, en parte, del rechazo de algunas figuras eminentes, como Goethe y Schleiermacher. Asimismo, incluye una valoración propia, en la que se destaca el notable valor de este texto, tanto en lo que concierne a su temática, como en lo que atañe a su diseño formal. Uno de los objetivos del *Ion* consiste en delimitar la diferente naturaleza de la poesía y la filosofía, asociando la primera a la pasividad, la irracionalidad y la ausencia de conocimiento, mientras que la segunda es vinculada con la autonomía, la búsqueda racional de la verdad y el conocimiento. Platón trata, pues, de privilegiar su propuesta educativa frente a la antigua *paideía* poética, con relevantes consecuencias políticas y morales. Precisamente, el último apartado de la introducción ofrece luz sobre esta cuestión mediante un análisis preciso.

El cuarto apartado examina los conceptos de *tékhnē* y *enthousiasmós* como ejes centrales que permiten el desarrollo de la conversación y que Sócrates juzgue el valor del saber transmitido por los rapsodas y aedos. En primer lugar, se considera de manera general la noción de *tékhnē* en el *Corpus Platonium*, analizando su significado y su relación con el bien, es decir, con la virtud. A continuación, se desarrolla lo expuesto sobre el arte en general, para comprobar si Homero y el rapsoda Ion participan de cierto *arte poético*. El resultado del examen es claro: el discurso de rapsodas y aedos no constituye un saber, esto es, un arte poético (*poietikē tékhnē*), ya que aquel que lo reproduce es incapaz de ofrecer un conocimiento bien justificado de las cosas sobre las que trata. Si bien el rapsoda Ion aborda una amplia pluralidad

temática, entre las que pueden señalarse la adivinación, la medicina, la equitación y el arte de la guerra, lo cierto es que el poeta no es un experto (*tekhnítes*) en ninguna de esas materias, siendo el adivino, el médico, el auriiga y el general los que realmente atesoran el dominio de ellas en cualquier circunstancia. El motivo que aduce Sócrates es claro: cada arte se ocupa de un objeto específico (*principio de especialidad*) y el experto es capaz de ejecutar dicho arte o analizar según arte cualquier objeto que se incluya en dicho dominio (*principio de totalidad*). Por contra, el rapsoda habla de una amplia variedad de asuntos, pero sin dominar realmente ninguno de los objetos sobre los que versa. De tal forma, concluye que el suyo en ningún sentido puede constituir un verdadero saber. Obviamente, Sócrates deja de lado intencionalmente el análisis de la capacidad del poeta para ofrecer un discurso bello, es decir, de combinar con arte las palabras; al filósofo no le interesa el valor formal del discurso poético en sí mismo, sino su contenido, en tanto que saber sobre un objeto. Ion, que es incapaz de ligar firmemente su arte con la belleza en la dicción, queda pues desautorizado como guía educativo de los griegos.

Sócrates indica que la poesía tradicional no constituye una *tékhnē* e introduce otro concepto capital para definir de manera positiva su naturaleza, la inspiración o *enthousiasmós*. La elocuencia del poeta no tiene su fuente en el conocimiento justificado de un objeto, sino en cierta inspiración divina, algo así como una posesión que le permite ser el canal a través del que brotan elocuentes las palabras de una divinidad. Sócrates conduce la conversación de forma que ambos conceptos se muestren excluyentes entre sí y el poeta inspirado no pueda asociarse bajo

ninguna circunstancia al arte o conocimiento. El nexa introducido entre la poesía y el *enthousiasmós* sirve para caracterizar al poeta como alguien enajenado y pasivo, que no tiene dominio racional sobre aquello que expresa, sino que es movido por una fuerza externa. Además, Sócrates subraya que la pasividad e irracionalidad mediante la que el aedo y el rapsoda entonan su canto también se apoderan del auditorio, el cual queda alienado bajo el influjo de la palabra ritmada. El objetivo es claro: acusar a la poesía tradicional de constituir un hechizo irracional que suscita la pasividad entre los humanos.

Mediante el concepto de inspiración, Platón asocia la poesía a la locura y a la irracionalidad o ausencia de juicio. No obstante, según muestra el autor del libro, si bien Platón apoya su crítica en pasajes de la poesía arcaica y emplea su léxico, la querella entre la filosofía y la poesía ni es tan antigua como él sugiere, ni ha sido abordada anteriormente de la manera en la que él lo hace. Pese a que la poesía antigua se vinculaba con la inspiración, esta cuestión en ningún caso implicaba que el poeta perdiese totalmente la libertad y la conciencia mientras recitaba, sino que se consideraba que el *enthousiasmós* se combinaba armónicamente con la capacidad creativa del poeta. Es decir, el producto de la poesía se veía al mismo tiempo como un don divino y como el fruto de la capacidad creadora del poeta. Por tanto, todo apunta a que el análisis de la poesía como una práctica pasiva, irracional y muy cercana a la locura, de hecho, constituye una novedad platónica; el fundador de la Academia emplea términos tradicionales, pero confiriéndoles un significado diferente al habitual. La poesía antigua era concebida por algunos autores anteriores y contemporáneos a Platón

como un arte y un saber, y, precisamente, el esfuerzo platónico del *Ion* y otros textos está dirigido a suscitar el pensamiento de que la poesía en ningún caso puede constituir un auténtico conocimiento (*tékhnē / epistémē*). Se trata de un diálogo que sirve para desautorizar uno de los discursos dominantes de la ciudad y allanar así el terreno a la filosofía, en tanto que novedosa forma discursiva que debe guiar el rumbo de la ciudad. El contexto, por tanto, no es otro que el de la lucha educativa por determinar la orientación ético-política de la *pólis*.

El gran conocimiento de Ion acerca del ciego de Quíos no impide que la habilidad argumentadora de Sócrates, como si de un hábil sofista se tratara, lo lleve a la aporía. El filósofo impide en reiteradas ocasiones que su interlocutor desarrolle la habilidad en la que se siente más cómodo y le obliga a seguir sus reglas de juego. Obviamente, el rapso se muestra torpe en un escenario que no es el suyo, pero cabe señalar que Ion, que en cierto sentido es vencido, en absoluto parece convencido. Los dos personajes se sitúan en perspectivas diversas.

Tras dotar al lector de las claves hermenéuticas necesarias para captar el significado y la relevancia temática del diálogo, la introducción deja paso a una ágil traducción del *Ion*, la cual se mantiene fiel al texto griego y trasmite con pulcritud su sentido. El lector tiene así la posibilidad de medirse por sí mismo con el escrito de Platón, intentando comprender qué es lo que el Académico trata de problematizar. En cualquier caso, para enriquecer la lectura y que el lector tenga acceso en todo momento a una guía pormenorizada del suelo que está transitando, inmediatamente a continuación de la traducción del diálogo, el libro de Javier Aguirre ofrece un

valioso comentario, el cual sigue al detalle el texto original, introduciendo notas eruditas que ayudan a comprender mejor el léxico que se emplea, el contexto histórico en el que se ambienta la ficción y el desarrollo argumentativo de la conversación entre los dos personajes. En definitiva, la introducción, la traducción y el comentario hacen que se trate de uno de los estudios más detallados sobre el problema de la crítica platónica a la poesía en el contexto del diálogo *Ion*, que, además, está bien secundado por una bibliografía amplia y actualizada. Acaso, el único reproche que puede hacerse a esta obra es la omisión del texto original en griego, el cual siempre es muy apreciado por los helenistas. Y no obstante, el exhaustivo comentario se refiere constantemente a las expresiones griegas de mayor relevancia, por lo que el especialista tiene acceso a los términos y expresiones de mayor enjundia. En suma, podemos decir que el comentario, que analiza el diálogo en cinco bloques (530a1-531a1; 531a1-533c8; 533c9-536d7; 536e1-542e1; 542e1-542b4), permite que el lector trabaje indirectamente con el original griego.

Por todas las razones mencionadas, *Platón y la poesía. "Ion"* resulta una obra altamente recomendable, no sólo para los helenistas especializados, sino también para toda persona que comience a interesarse en Platón y la cuestión de la filosofía en la Grecia antigua. Su generosa introducción, comentario detallado y abundante bibliografía dotan a la obra de la amplitud y profundidad suficientes como para suscitar el interés del experto y del aficionado.

Jonathan Lavilla de Lera
Universidad de Barcelona y
Eidos (Platonisme i Modernitat)